

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS  
 POR TRES MESES... 40  
 POR UN AÑO... 40

# LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA.

POR TRES MESES... 42 RS.  
 POR SEIS MESES... 24  
 POR UN AÑO... 50

## ARNOLDO DE MELCHTAT.

## EPISODIO HISTORICO.

La hermosa época de la historia suiza, aquella que precede y sigue inmediatamente á la emancipacion de los cantones, nos muestra los bailios imperiales del Austria, en rebelion con los pastores de Tualdstetten. Estos pastores, hombres apacibles, unidos á los emperadores, y naturalmente dispuestos á dejarse gobernar segun una costumbre antigua, estaban por otra parte ansiosos de obtener sus fueros, y se conceptuaban incapaces de permanecer mucho tiempo bajo el ominoso yugo de bailios crueles y disolutos. Asi esta libertad que conquistaron casi respetuosamente y á su pesar, no tenia á sus ojos, mas que el derecho de sustraer á la lujuria ó á la rapacidad de los señores austriacos, el honor de sus mugeres y el patrimonio de sus hijos. De aqui, aquel carácter de rectitud, de justicia, y al mismo tiempo de heróica firmeza, que distingue la resistencia y la victoria de estos pastores; de aqui tambien los durables beneficios de una revolucion, que arreglada tan pronto como cumplida, no deja subsistir á su lado en lugar de ambiciones rivales, mas que una compacta falange de hombres libres.

En la noche del miércoles antes de San Martin, en el mes de noviembre de 1507, Furst, Melchtat y Stauffer llevaron cada uno diez hombres honrados de su pais que les habian abierto lealmente su corazón. Cuando estos treinta y tres hombres valerosos, llenos de sentimiento por su libertad hereditaria y por su eterna alianza, unidos por la amistad mas intima por los peligros del tiempo, se encontraron reunidos en Grutli, no tuvieron miedo ni del rey Alberto, ni del poder del Austria. En aquella noche, con el corazón conmovido y dándose todos las manos, he aqui lo que prometieron. «En esta empresa ninguno de entre ellos negaria segun sus propias ideas, ni abandonaria á los otros; vivirían y morirían en esta amistad. Todos mantenían, segun el consejo comun al pueblo inocente y oprimido de los valles, en los antiguos derechos de su libertad, de manera que todos los suizos gozarian para siempre los frutos de esta union. No guiarian á los condes de Habsburgo, de cualquier manera que fuese, sus bienes, sus derechos ó sus siervos; los gobernadores, su comitiva, sus criados y sus soldados mercenarios no perderian una gota de sangre; pero la libertad que habian recibido de sus antepasados, quisieron conservarla intacta y trasmitirla á sus nietos.»

Habiendo tomado todos esta firme resolucion y en el pensamiento que de su éxito dependia probablemente el destino de toda su posteridad, cada uno de ellos miraba á su amigo con semblante confiado y le estrechaba cordialmente la mano. Entonces Furst, Stauffer y Melchtat, con los brazos levantados al cielo, juran en nombre de Dios, que ha creado á los emperadores y á los aldeanos de la misma raza, defender juntos la libertad como hombres. Los treinta al oír esto, levantaron la mano y prestaron en nombre de Dios y de los santos este mismo juramento. Caminaban de acuerdo respecto á la manera de ejecutar su proyecto; por lo pronto todos regresaron á sus cabañas, se callaron y cuidaron de sus rebaños.

La insolencia de los bailios no conocia ya limites. Tan pronto irritaban gratuitamente con despreciativos sarcasmos el honrado orgullo de los montañeses, tan pronto abusaban de sus derechos imponiendo sentencias inicuas.

TOME III.

Un dia en que Enrique Auderhalden de Melchtat se hallaba en la labor con su hijo Arnolde, llegó un mensaje de Laudenberg, baile de Sarnem, y le pidió su magnífica yunta de bueyes. Viendo estas honradas gentes tan inusitada arbitrariedad, y esperando sacar partido en términos conciliatorios, el viejo Enrique preguntó que por qué causa se le pedian sus bueyes, y suplicó que al menos le dejasen terminar los surcos que quedaban por hacer en la tierra.

—Si el labrador quiere cultivar su campo, que tire él mismo del arado.

Entonces Arnolde se lanzó sobre estos hombres arbitrarios y con su palo rompió dos dedos al soldado que los escoltaba; en seguida, para huir de la venganza del baile se fugó á las montañas. Este jóven labrador es el mismo que hace poco vimos en Grutli alzar la mano entre Furst y Stauffer, bajo el nombre —desde entonces inmortal— de Melchtat.

Esta es la escena que Mr. Lugardon, de Ginebra, ha trasladado al lienzo, del cual copiamos el grabado.

## CRONICA TEATRAL.

## INAUGURACION DEL TEATRO REAL.

Hace mas de un mes que guardamos silencio sobre las novedades teatrales de Madrid.



Arnolde de Melchtat, cuadro de Lugardon de Ginebra.

Si hubiéramos incurrido por ello en el desagrado de nuestros lectores, bien merecemos disculpa, atendidos los motivos de este silencio.

Porque en una época en que las cuestiones teatrales se han absorbido y reasumido en una sola: cuando en casa, en paseo, en el café y en la tertulia, al almorzar y al comer, al levantarse y al acostarse, no se preguntaba otra cosa sino en qué estado se hallaba el teatro Real: cuando todos los demas coliseos solo entraban por ceros en esta suma para aumentar de valor aquella unidad famosa, hablar de teatros antes de la inauguracion solemne que acaba de verificarse, hubiese sido cosa de poco mas ó menos, hubiera tenido algo de mal tono, á que dificilmente hubiéramos podido resistir.

Y la cosa, sea dicho á verdad, no era para hacer menos ruido.

¿Quién al oír contar á todas horas los millones que se gastaban para proseguir al vapor la obra del teatro Real: al saber que alli andaban desparramados el oro, la seda, el terciopelo y todo el lujo de las edades modernas: que habia cantatriz á quien se pagaban 500 duros por cada gorgorito: y que se contaban en el teatro 75 palcos, 460 lunetas, 276 asientos de palco y 788 plazas en el paraiso, no habia de soñar, despierto ó durmiendo, con la deseada apertura del teatro de Oriente?

Y en efecto: el teatro Real, despues de inaugurado, ha aparecido tan grande á los ojos del público, que nada

se le puede comparar en grandeza, como no sea el tamaño de la memoria escrita sobre el mismo.

Tamaño magnitud no podia menos que hacer hablar á un Felipe IV de bronce y á un Calderon, que si no es de yeso, es de otra sustancia enteramente parecida á esta.

Ahora si que se puede recordar con oportunidad aquel dicho vulgar: *Esto es capaz de hacer hablar á los muertos.*

¡Qué lástima que á este propósito no hubiese dicho tambien Quevedo alguna cosa! ¡El, que sabia caracterizar con nombres tan adecuados todas aquellas escenas del mundo, en que figura como razon principal la de satisfacer caprichos y vanidades mugeriles!

Pero el mismo Quevedo, con su punzante gracia, no hubiera estado mas oportuno que un amigo nuestro, á quien preguntamos dias pasados su opinion sobre el mérito del canto de la Alboni. *Para diez mil reales, muy poco caro*; fué lo único que nos respondió nuestro chistoso amigo.

Hemos citado un dicho extraño, porque no hemos tenido el gusto de asistir á la apertura del teatro Real. Podemos decir en esta ocasion lo que Mr. Mery al comenzar una de sus lindisimas novelas con la descripcion de un hermoso valle y de un delicioso lago. «Sobre cuantos me han precedido en la descripcion de este ameno paisage, dice Mr. Mery, poseo yo una ventaja de inestimable precio: la de no haberlo visto jamás.»

Nosotros, sin embargo, no queremos utilizar en esta ocasion tamaño ventaja. Gustosos renunciaremos á referir un acontecimiento que no hemos visto.

Y ya que no nos atrevemos á morir de vergüenza por esta falta, séanos permitido dar nuestros descargos ante la opinion pública por haberla cometido.

Careciendo nosotros de eso que en el mundo se llama influencia, no contábamos nunca con mas recursos que nuestro dinero para entrar aquella noche en el teatro Real. No nos dimos, sin embargo, tanta prisa para alcanzar billetes, como otros que los pidieron al mismo tiempo que se espedia en el ministerio la orden para continuar el espresado coliseo.

Quince dias antes de la funcion pasamos á la administracion del teatro Real, donde tenemos algu-

nos amigos y les preguntamos si habia en todo él algun asiento vacante.

—Los hay en el paraiso, nos contestó uno de nuestros amigos.

—¿Y de cuántos se pudiera disponer? le preguntamos de nuevo, á pesar de la poca vocacion con que nos sentimos para volver á los tiempos de Adán.

—Puede vd. hacer el pedido que guste, nos respondió cortesmente.

—No consiste en hacer pedidos, replicamos nosotros: queremos saber la probabilidad que al hacer este pedido tenemos de conquistar un puesto en tan elevadas regiones.

—La misma que todo el que juega á una loteria de veinte mil billetes, nos contestó con mucha gracia nuestro interlocutor; siempre es algo mayor de la que tiene el que no juega nada.

Como las teorías de probabilidades siempre nos han fallado en este mundo, renunciaremos á nuestro pedido, y lo que es mas, á entrar por aquella noche en la bienaventurada mansion del paraiso.

Hemos sabido, sin embargo, que el teatro estuvo como debiera esperarse. Lleno, brillante, animado, si bien silencioso por el respeto que inspiraba la presencia de las reales personas; radiantes de belleza y deslumbrando con sus adornos y sus joyas todas esas damas cuyo



nombre es ocioso repetir, porque de todos son conocidas y de todos admiradas.

En medio de todo, hubo ocasion de decir de alguna que otra dama, lo mismo que dice aquella caricatura francesa, que conocerá la mayor parte de nuestros lectores.

*Un peu trop décolletée; mais pensant bien.*

Que traduciremos libremente al español de esta manera:

*Un poco exagerado el escote, pero sin mala intención.*

Repetimoslo pues; el teatro Real estuvo aquella noche brillante en la opinion de las gentes *comm'il faut*, de las personas elegantes y de buen gusto.

Y á pesar de eso, todos los teatros de Madrid estaban aquella noche tambien brillantes, y tambien extraordinariamente concurridos.

El lindísimo coliseo de *Variedades*, tan dirigido perfectamente por los señores Carceller y Catalina, contaba un lleno completo; en el *Instituto*, donde los señores Arjona y Dardalla trabajan con tanto aprovechamiento, no cabia siquiera un alma; en el teatro del *Drama* no habia desocupado un solo asiento en palcos ni lunetas. Y aun el teatro *Español*, que no porque lo nombremos el último deja de ser por su importancia el primero de los coliseos de Madrid, tenia una entrada mucho mas numerosa que la de costumbre.

No seria, pues, muy justo consentir la frase, que hemos visto impresa, de que *todo Madrid* estuvo aquella noche en el teatro Real. Entre la numerosísima concurrencia de los demas teatros, habia una considerable porcion de familias notables por su posicion, de damas conocidas por su proverbial belleza, de individuos, en fin, de uno y otro sexo, que forman parte de la mas alta y escogida sociedad madrileña.

Esto sentado, ¿llegará la ocasion de comenzar nuestra *Revista de Teatros*?

Nos parece que no: lo que ha llegado ya, segun las dimensiones de este artículo, es la ocasion de acabarla.

Pero como lo principal de ella, es decir, la revista de espectáculos, nos falta todavia, no nos podemos resolver á darla por definitivamente acabada.

Diremos, pues, terminando este artículo, á guisa de folletín de novela: SE CONTINUARA.

Y aplazamos la conclusion de esta revista para el número inmediato.

J. M. ANTEQUERA.

#### NAVEGACION AEREA.

Hoy que el público madrileño espera con tan ansiosa expectativa la aparicion del Eolo del señor Montemayor, y acerca de cuya aérea empresa tanto y tanto se comenta, nos parece que verán con gusto los lectores de la SEMANA el siguiente

#### REMITIDO.

Habiendo visto en algunos periódicos mofarse, aunque de un modo vago y encubierto, del proyecto del globo ó Eolo de Montemayor, cuyo primer ensayo está

rigen la naturaleza, y á poder explicar algunos de sus fenómenos, los cuerpos flotantes por efecto de su mayor ó menor gravedad específica, llamaron mi atencion extraordinariamente. La idea, sobre todo, de los globos, la asombrosa idea de lanzarse el hombre cual las aves, en la inmensidad de nuestra atmósfera, despreciando los peligros, y sobreponiéndose así á la misma naturaleza, exaltó mi imaginacion, y me adormeció con ensueños de oro. Entrevi entonces la época en que la aeronáutica llegue á su apogeo, y en que cruzándose los globos en la atmósfera, cual hoy en el mar se cruzan los bajel, vea el hombre trasportar sus mercancías de uno á otro polo en pocos dias, y conoci la riqueza de la nacion en que esto se verificara.

Poco mas ha de un siglo que se descubrió el modo de elevar un globo en el espacio, y casi desde entonces se empezó á hacer experimentos con el objeto de descubrir el modo de darle una direccion arbitraria. Casi todos ellos han salido bien cuando se han hecho en pequeño y en una habitacion cerrada, y sin embargo han burlado las esperanzas de sus inventores cuando se han querido reproducir mas en grande: bellos, remos, timones, combinaciones de varios globos, los medios todos de la náutica se han ensayado, y siempre en vano, siempre con el mismo resultado.

¿No será, pues, una temeridad presentar un nuevo proyecto, yo, jóven, sin instruccion suficiente, y lo que es mas aun yo, que no puedo apoyar mi proyecto en experimento alguno? ¿no debiera retraerme el ver que sujetos mil veces mas instruidos y de un talento privilegiado no lo han podido conseguir?... Si se atendiera solo á lo espuesto anteriormente, debiera desistir de mi idea; pero advirtiéndome que la mayor parte de los descubrimientos han sido hechos por personas ignorantes, y que las dedicadas á estos estudios, admitiendo ciertas ideas hipotéticas, se forman un sistema que las hace ver todos los fenómenos, bajo un mismo punto de vista, diferente á veces del en que efectivamente se manifiestan, creo de mi deber esponer á la consideracion de los inteligentes el proyecto que yo he imaginado. Estoy muy lejos de creer acabada esta obra, que por falta de intereses no he comprobado prácticamente; estoy muy lejos, repito, de semejante idea, y si manifiesto mi proyecto es solo con el objeto de que juzgándole las personas de talento é instruccion, le adopten si le creen ventajoso, ó dejar al menos abierta una nueva senda á proyecto tan útil y que tan olvidado se halla por casi todas las naciones.

TEORIA DE LA NAVEGACION AEREA. Cuatro años ó poco mas hace (escribia el 1839) que la casualidad hizo caer en mis manos un pequeño folleto en que se trataba de ridicula y disparatada la idea de dar direccion á los globos. Las razones fútiles en que su autor se apoyaba, y la indecisa burla que de Blanchard, Jefferies, Lunardi, Rozier, Monney y otros hacia, exaltaron mi imaginacion y me hicieron buscar argumentos que destruyesen sus imaginarias razones: y reflexionando entonces que cuantas dificultades pudieran oponerse á su realizacion deberian oponerse teórica y prácticamente tambien á las aves y á los peces, que sin embargo, venciéndolas surcan en todas direcciones la atmósfera en que viven, me convencí hasta la evidencia de que existia la posibilidad de dar direccion á los globos: la dificultad, pues, estaba tan solo en el modo de saber imitar los movimientos de los referidos animales. Y como esta dificul-

quiera direccion al menor impulso; y esos animales están flotando en la atmósfera en que respectivamente habitan, serian arrastrados por las corrientes que encontraran á su paso, en virtud de la resistencia que oponen á su curso, si esta fuerza no fuera contrarestanda por otra contraria y mayor, que es producida por la resistencia que el fluido opone al movimiento de las alas ó aletas, que son los órganos destinados á este objeto.

Averiguados, pues, estos dos principios, si queremos aplicarlos á los globos, es necesario sepamos el modo con que lo ejecutan los referidos animales; y como que lo primero (elevarse haciéndose menos grave) lo tenemos conseguido ya con el hidrógeno introducido en el globo de tafetan, nos resta averiguar el cómo hallándose sumergidos en un fluido de igual densidad por todo su alrededor, pueden hacer que sus miembros surtan el efecto deseado por el solo movimiento rápido, uniforme y alternado de flexion y estension que al parecer les dan. Para esto nos bastará recordar que cuando un fluido en movimiento encuentra un cuerpo en reposo, ó cuando un cuerpo en movimiento encuentra un fluido en reposo, ejerce sobre dicho cuerpo ó esperimenta él mismo una resistencia que está en razon directa de la densidad del fluido, de la estension de la superficie chocante, del cuadrado de la velocidad, y del cuadrado del seno del ángulo bajo que se chocan: por consiguiente, es claro que solo lo pueden conseguir valiéndose de uno de los cuatro medios siguientes:

PRIMERO. Disminuir un poco del fluido colocado en la parte anterior, ó aumentar la del colocado, en la parte posterior.

SEGUNDO. Llevar las alas con mayor velocidad hacia atrás que hacia adelante.

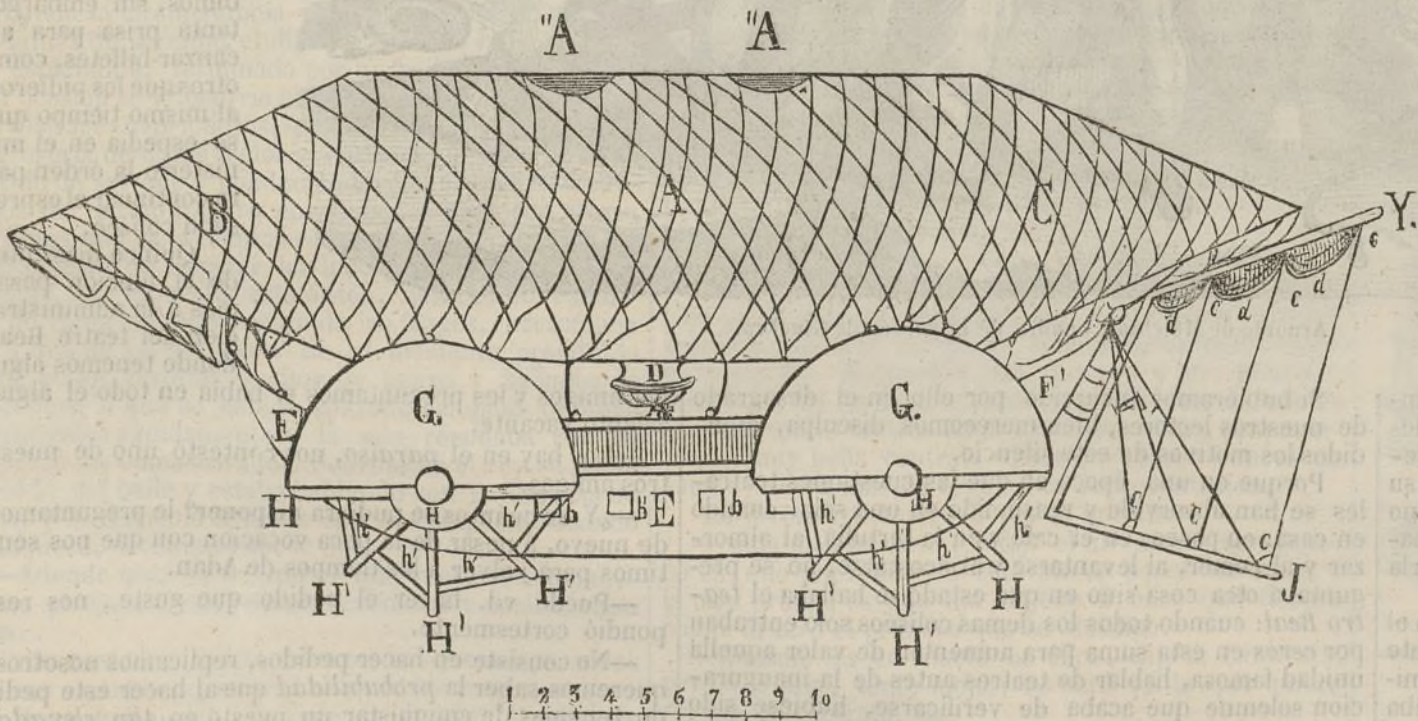
TERCERO. Presentar mayor superficie chocante al fluido en el movimiento hacia atrás que en el opuesto.

CUARTO. Presentar la superficie de las alas de modo que el cuadrado del seno del ángulo en que choque el fluido sea mayor al ir hacia atrás que no al ejecutar el movimiento contrario. Ahora bien; como de los cuatro medios propuestos, el primero parece impracticable, y el segundo tiene la desventaja de hacer en último resultado igual en ambos movimientos la resistencia, por estar en razon inversa siempre el aumento de tiempo y el de velocidad, tendremos, que solo podrán ponerse en práctica los dos últimos medios.

Ahora bien; estando reducida la teoría de los remos de las embarcaciones á los mismos principios que acabo de esponer, y debiendo por consiguiente un globo henchido de hidrógeno y movido por remos, dar un resultado análogo al que da el barco movido por el mismo medio, se me dirá tal vez, que no habiéndose realizado en la práctica estas esperanzas de nada sirve mi teoría.... Y sin embargo, aun cuando este argumento seduce á primera vista si examinamos con alguna detencion los experimentos que hasta el día se han hecho con el objeto de dar direccion á los globos, no podremos menos de confesar que ellos, en lugar de destruir, corroboran la teoría espuesta. Examinemos las causas que obraron y se opusieron en todos ellos: los remos eran movidos por hombres, y no existia en esto la causa de la destruccion de la teoría? ¿no sabian bien los experimentos en pequeño? ¿pues cómo no se reproducian al ejecutarlos en grande?... porque el cansancio y poca fuerza de los remeros, por un lado, la poca uniformidad, prontitud y repeticion de los movimientos de los remos por otro, y la poca superficie de los mismos remos y mucha del globo, en fin, contribuian siempre á hacer que la resistencia que este oponia al movimiento del aire fuera mayor que la que el aire opusiera al movimiento de los remos, resultando de aqui el que esta fuese incapaz de vencer á la contraria, y por consiguiente el hallarse burladas las esperanzas de los aeronautas.

Es, pues, evidente que los experimentos ejecutados hasta ahora comprueban, en lugar de destruir la teoría, y por consiguiente que solo á fuerza de remos es posible dirigir un globo en el espacio; pero estando tambien demostrado por la experiencia misma, que es imposible poderlo lograr por medio de los remos movidos por hombres, que es como se habia intentado, es necesario buscar una fuerza incansable y capaz de vencer mayores resistencias que el hombre.... y esta fuerza considerable, constante y calculable de que nadie se ha acordado hasta ahora para este fin, aunque con tanta ventaja se ha aplicado para mover las embarcaciones, y los carruajes, otras mil máquinas, es el vapor. Este es el medio que no se ha ensayado, y el único (por ahora) que en mi concepto puede producir el efecto deseado: se me dirá, tal vez, que una máquina de vapor tendrá tanta menos fuerza cuanto á mayor altura del nivel del mar esté funcionando: convengo en ello; pero tambien es muy cierto que la resistencia que los remos tendrán que vencer será menor, y con relacion á la pérdida de fuerza de la máquina de vapor, puesto que ambas están sujetas á la densidad del aire atmosférico, y que en ambas influye del mismo modo.

Aun cuando el vapor puede aplicarse de varios modos para mover los remos, el mas sencillo, el mas espuesto á descomponerse, el mejor, en fin, está reducido á colocar los remos en forma de ruedas de paletas montadas en uno ó dos ejes movidos por una máquina de vapor de alta presion, y dispuestas de modo que en el semicírculo superior de cada rueda la resistencia sea nula ó muy pequeña. ¿Y cómo se ha de lograr esto?



ya próximo segun el decir de los mismos, no puedo resistir á la tentacion de publicar la siguiente memoria que en enero de 1839 escribí y presenté á varios amigos y al catedrático de fisica de los estudios de San Isidro. Mi objeto, al rogar á vds. su publicacion, es únicamente hacer conocer la teoría de la aeronavegacion, y probar por consiguiente la posibilidad y las probabilidades con que cuenta el señor Montemayor, cuyo proyecto y cuya teoría desconozco completamente.

HE AQUI LA MEMORIA TAL COMO LA ESCRIBI.

Introduccion. Desde el momento en que por el estudio de la fisica principié á conocer algunas de las leyes que

tad solo podia resolverse por medio de una atenta observacion, me dediqué á hacerla, y al cabo de algun tiempo deduje los dos principios siguientes:

Primero. Teniendo ambas clases de animales un cuerpo específicamente mas pesado que el medio en que viven, necesitan para flotar en él, modificarse de tal modo, que aumentando de volumen, ó formando en su interior un semivacio, disminuyan su gravedad específica; y como es fácil ver, para esto mismo les sirven á los peces sus vejigas natatorias, y á las aves sus grandes pulmones puestos en comunicacion con las cavidades interiores de sus huesos largos.

Segundo. Como que un cuerpo que flota en un fluido ha perdido todo su peso y puede moverse en cual-



preguntarán algunos, y quizás no faltará quien diga que disminuyendo la superficie de las paletas por medio de un muelle á propósito dispuesto. Confieso, á la verdad, que esta fué mi primer idea; pero al observar por un lado que si el muelle cedía á cierta presión, cedería del mismo modo y acaso con la mayor facilidad á la resistencia del aire; y al recordar, por otro, que un fluido puesto en movimiento en un tubo, y aun en un canal conservaba en todo su tránsito la velocidad adquirida, y no podía por consiguiente oponer resistencia alguna á los cuerpos que se movieran en su dirección y con su misma velocidad, determiné hacer que las paletas ó remos fuesen fijos por sus guías, y que las mitades superiores de las ruedas estuvieran cubiertas por una caja adaptada á su figura; resultando de esta conformación la gran ventaja de hacer nula la resistencia que el aire oponga al movimiento de la mitad superior de las ruedas, cubierta por su respectiva caja.

De lo espuesto resulta, que elevado un globo en la atmósfera, deberá moverse en dirección de la resultante que provenga de la combinación de la fuerza de la corriente de aire y de la del globo; pero como ambas son variables, y no podría tomarse desde un principio la verdadera dirección que se deseaba, faltaba hallar un medio de variar esta dirección sin pérdida de vapor y con la rapidez necesaria; y recordando el uso que en la náutica se hace del timón, y el que los peces y las aves hacen de su cola, adopté para el mismo objeto en mi aparato el uso de un timón colocado en la popa á la manera del que llevan nuestros barcos.

Esputa la teoría de mi proyecto, y antes de pasar á su explicación, debo advertir, aunque de paso, que como para elevar grandes pesos se necesitará un globo de grandes dimensiones, y siendo esférico ofrecerá grande resistencia al aire por su mucha superficie chocante, he adoptado la forma de un cilindro horizontal terminado en dos conos (anterior y posterior) como la mas regular, y que presentando una superficie chocante menor, debe ofrecer menos resistencia y cortar mejor el aire.

**PROYECTO DE GLOBO.** A B C, es un globo de tafetan fuerte, blanco ó de un color claro, para que reflejando el calor y la luz no se caliente demasiado; y barnizado ademas con una disolución de goma elástica en espíritu de vino, para que el gas que le ha de henchir, no se salga por los intersticios del tejido; cilíndrico en A, y terminado por dos conos iguales en B y C; cerrado por todas partes menos por la prolongación D por donde se le introduce el gas hidrógeno que le ha de llenar, y por la parte superior A A, donde se hallan las dos válvulas de seguridad sostenidas por un muelle, y que pueden abrirse por medio del cordón a, que atravesando el globo, sale por su parte inferior D para sujetarse á la barquilla con el objeto de que no flote á merced del viento. — E F, es una barquilla de mimbres ó cualquiera otra madera ligera, terminada en punta por sus dos extremos E' de proa, y F' de popa; y suspendida por los numerosos cordones de seda que de la red de lo mismo que cubre y contiene el globo, caen á atarse á ella — E, pared exterior del camarote, en donde va la máquina de vapor, el equipage y demas lastre, y que puede estar dividido en varios departamentos por medio de tabiques de lienzo. — F, barandilla que circuye el piso donde van los aereonautas, adornada con mas ó menos elegancia, y que puede ser en gran parte de cordones de seda. — b, b, número indeterminado de ventanas que dan luz al camarote — G, G, cajas semicirculares superiores y planas por los lados, que cubren las mitades superiores de las ruedas remeras, y que teniendo la armazón de madera ó mimbre, pueden ser de tela barnizada como el tafetan, ó como los biombos — H, H, cilindros que sirven de cubo á las ruedas remeras, puestos con el objeto de poner las paletas ó remos á mayor distancia del centro del eje sobre que giran. — H', H', etc., guías de madera de las paletas de lienzo paralelogramico-rectangulares que forman las ruedas remeras, y que deben ser 4 con 8 remos cada una — Y, J, palos móviles á derecha é izquierda por medio de un manubrio, que constituyen con la tela d, d, d, d estendida por las cuerdas c, c, c, c que pasan por sus respectivas poleas, el timón del aparato, colocado en la popa de la barquilla.

**INSTRUMENTOS DEL AERONAUTA.** Siendo tan importante en estos viajes el conocer la elevación, temperatura, humedad y estado eléctrico, así como el sitio y la dirección en que se va, es de absoluta necesidad el llevar un barómetro, un termómetro, un higrómetro, un cata-descenso, una brújula, un sextante ú octante, un reloj de sol, dos cronómetros, uno de arena y otro que bata segundos, algunos libros y mapas, papel y lápiz ó tintero, un par de áncoras, tafetan engomado, cordones y escalas de seda, algunos paracaídas, y los ingredientes y aparato necesario, para desprender hidrógeno en un caso de necesidad.

**PELIGROS DE LA AERONAVEGACION.** Cinco eran antes los riesgos que acompañaban al aereonauta: 1.º Pe-recer de frío ú hemorragia por elevarse demasiado: 2.º Romperse el globo por la excesiva dilatación del hidrógeno, y poca presión atmosférica: 3.º Caer en el mar, donde era inútil la barquilla: 4.º Caer sobre árboles, tejados, ó precipicios: 5.º Pasar por entre nubes cargadas de electricidad que produjesen la inflamación y detonación del hidrógeno; pero desde el momento en que se adoptó el uso combinado de las válvulas y el lastre, solo el último puede decirse que es irremediable, á no escoger un tiempo sereno ó huir con tiempo del peligro.

Adoptado el proyecto que yo propongo, los peligros

que acompañan al aereonauta son tres, pero todos ellos remediabiles hasta cierto punto: Primero, incendio de la barca, producido por el fuego de la máquina, y propagado al globo: segundo, dilatación excesiva del hidrógeno: y rotura del globo por el calor excesivo del aparato; y tercero, explosión del globo por una descarga eléctrica. Para precaver el primer peligro, deben hacerse incombustibles todos los materiales que compongan el aparato, teniéndolos sumergidos 10 ó 12 dias en una fuerte disolución de alumbre, que siendo mala conductora de la electricidad y del calórico, y muy des-higrométrica, hace casi incombustibles los cuerpos en que se halla. Para precaver el segundo, basta el manejo prudente de las válvulas de seguridad; y en cuanto al tercero, véase lo ya dicho anteriormente.

Creo haber cumplido con el objeto que me propuse al principiar la memoria, y vuelvo ahora á repetir, que si no es ventajoso mi proyecto, habré conseguido al menos abrir una nueva senda, y despertar el espíritu investigador de las personas que tan útil proyecto han mirado hasta el dia con desprecio.

JOSE ALARCON Y SALCEDO.

## UNA SENTENCIA

PRONUNCIADA EN LA AUDIENCIA DE LIVERPOOL.

En la audiencia de Liverpool, el 28 de marzo último, un tal Jorge Robinson, fué llevado á la sala del crimen, acusado de haber roto su cadena, esto es, de haber entrado en Inglaterra á pesar de una sentencia que le habia condenado á la deportación perpetua. El acusado confesó su falta y refirió su historia delante de un público numeroso y conmovido.

Dijo que á la edad de diez y ocho años, en 1820, habia sido condenado á muerte por un robo á mano armada en despoblado; pero que su pena habia sido conmutada con la de deportación perpetua. Llevado á Sidney, en la Nueva Holanda, se sintió devorado por el mas ardiente deseo de volver á ver su tierra natal, y algun tiempo despues de su llegada se salvó nadando á bordo de un brick en cuya cala logró esconderse hasta el momento en que el buque se puso en plena mar. Desgraciadamente para él, el mal tiempo obligó al brick á volver á entrar en Sidney; devuelto á las autoridades recibió cien azotes y le enviaron á la colonia penal del puerto Macquawie. El confinado permaneció allí por espacio de un año entero encadenado, consumido por el pesar y por los males del pais, sin recibir nueva alguna de sus parientes, escluido de la sociedad de los hombres y sin esperanzas para el porvenir. En este triste estado resolvió hacer una nueva tentativa de evasión; y con efecto, un dia huyó con algunos compañeros de infortunio; pero á la mañana siguiente de su evasión los fugitivos se vieron atacados por algunos naturales que hirieron á varios de entre ellos y les quitaron todos sus víveres y sus vestidos. En semejante estado continuar su camino era correr una pérdida casi cierta; pero regresar era tambien ir en busca del látigo para ser en seguida atado á la cadena con los últimos de los criminales. Perdidos en las montañas Azules, errantes por espacio de sesenta dias, completamente desnudos, no viviendo mas que de yerbas ó de mariscos, cogidos con sumo trabajo en la orilla del mar, concluyeron por llegar á las cercanías de Puerto-Filipo, en la estremidad meridional de la Nueva Holanda. Sorprendidos por una tribu fueron entregados á las autoridades, que los enviaron desnudos conforme estaban al establecimiento fundado sobre el Goal River para la explotación de las minas. Allí les dieron á cada uno una manta que se vieron obligados á devolver cuando los trasladaron á un navio del gobierno, que habia venido á buscar carbon, y los condujeron á Sidney para que fuesen juzgados allí con relación á su tentativa de evasión. Hicieron el viaje en la cala, acostados y desnudos, sobre una vela que cubria varios costales de carbon. Desembarcados en este estado miserable en Sidney, la caridad pública les suministró algunos vestidos, y por espacio de seis meses, uno de ellos no tuvo mas que un pantalon de tela gruesa por vestido. Condenados á recibir cien azotes y á ser en seguida enviados al puerto de Macquawie, no sufrieron mas que la segunda parte de la sentencia, porque los médicos declararon que no podian ser azotados sin peligro de muerte. Despues de algun tiempo de residencia en el puerto Macquawie, el deseo de fugarse se apoderó mas fuerte que nunca en el corazon del pobre confinado. Escapado por tercera vez con algunos otros compañeros, en una pequeña barca, sin víveres, reducidos á fabricar una vela con sus propias camisas, el hambre obligó á los fugitivos, despues de nueve dias de crueles sufrimientos, á entrar en el puerto de Hobart-Town, en la tierra de Van-Diemen. Detenidos de nuevo y llevados al puerto de Macquawie, los enviaron desde allí á la isla de Big, donde se detiene á los criminales mas peligrosos. Los horrores de esta residencia son tales, segun el dicho de Jorge Robinson, que la lengua no tiene palabras para espresarlos. «Yo he visto mas de una vez, dice, infelices cometer un asesinato con el objeto de ser enviados á Sidney para ser juzgados allí, sabiendo que la muerte les esperaba; pero contando con el tiempo que dura el viaje, como tiempo de descanso. Yo he conocido á un tal Pearce, cuya historia era tan horrible como extraordinaria. En una tentativa que hizo para escaparse con algunos desgraciados como él, la falta de víveres

los obligó á echar suertes para saber quien de entre ellos serviría de alimento á los otros. Todos perecieron sucesivamente, escepto Pearce que mató al otro. Sorprendido algunas horas despues por los indigenas, y llevado por ellos á las autoridades, Pearce hizo una nueva tentativa de evasión en compañía de un tal Cox, al cual mató y devoró, por cuyo crimen, descubierto despues, fué ahorcado.» Tales eran los huéspedes de esta horrosa residencia que Robinson habitó cerca de siete años. Su buena conducta le valió ser trasportado á Hobart-Town y encontró medio de escaparse á bordo de un navio, donde permaneció oculto en la cala veinte y un dias sin que nadie dudase de su presencia á bordo. Sin embargo, esta cuarta tentativa no tuvo mejor éxito que las anteriores. Al llegar á Santa Elena el capitán entregó á Robinson á las autoridades inglesas, que le enviaron al cabo de Buena Esperanza, de allí á la isla de Robin, donde estuvo trabajando siete meses con una cadena de veinte y cinco libras de peso, para ser al fin devuelto al establecimiento penal de Macquawie. Durante esta travesía el valor que demostró en una tempestad le hizo recomendar á la compasión de las autoridades. Tres años despues le enviaron á Hobart-Town, donde logró al fin establecerse como colono libre; pero sin poder salir de la isla. Sin embargo, suspiraba siempre por ver á Inglaterra, y por eso se escapó un dia á bordo de un buque americano, sobre el cual navegó durante algunos meses; pero sospechando que el capitán tenia intenciones de entregarle á las autoridades inglesas, se aprovechó de un regreso á la Nueva Zelandia para desertar. Viviendo con los indigenas, fué bien tratado por ellos hasta el dia en que encontró la ocasion de embarcarse, sin hacer sospechar su cualidad, sobre un navio americano que marchaba á Boston. Desde allí pasó á Quebec, despues á Greenock, á Liverpool, y por último, á Manchester, donde ganaba honradamente su vida con el trabajo de sus manos cuando fué reconocido. Jorge Robinson protesta que desde su primera condena ha vivido siempre como un hombre honrado; un irresistible deseo le ha llevado á su pais, y termina su relacion espresando la esperanza que tiene de que sus largos sufrimientos y su buena conducta le valgan la consideracion del tribunal.

Esta historia referida con una voz conmovida, pero sin énfasis, hizo una profunda impresion en el auditorio. Este desgraciado tanto tiempo perseguido en todas partes por la ley por un crimen cometido hace mas de veinte años: esta infatigable energía de esperanza que no habia podido abandonar y que espuso á Robinson á sufrimientos tan continuados: la espresion de su fisonomía, las huellas de tantas desgracias impresas en sus facciones, conquistaron la piedad y hubo un momento de solemne expectativa cuando se le vió pálido inclinarse respetuosamente para escuchar la nueva sentencia que la ley iba á pronunciar contra él. Con efecto, ella debia ser inflexible, y no sin emocion terminó el juez, Mr. Parck, su discurso, diciendo que le era imposible confirmar pura y simplemente el primer juicio que condena á Robinson á la deportación perpetua, que le envia por toda su vida á aquella residencia de horrores de la cual acababa de hacer una pintura tan exacta y espantosa.

El joven y conocido escritor, don Antonio Neira de Mosquera, despues de haber publicado en Santiago, el verano último, un folleto que bajo el titulo de *Historia de las fiestas del apóstol*, ha impreso á sus espensas el ayuntamiento de aquella ciudad, se propone ahora dar á luz una nueva obra titulada *Monografías de Santiago*, en que trata de consignar algunos cuadros históricos, episodios políticos, tradiciones y leyendas, recuerdos monumentales, regocijos públicos y costumbres populares. Este trabajo es tanto mas recomendable, cuanto que sus productos se dedican por el autor á la casa hospicio. Le deseamos buen éxito y nos complacemos en ver que los jóvenes que residen en las ciudades de provincia se van dedicando á la útil tarea de hacer conocer lo mas notable de nuestras poblaciones, ó describir las costumbres y recordar las leyendas tradicionales de poesia en que abunda nuestra patria.

## AVENTURAS DE UN JOROBADO.

### CAPITULO III.

EN DONDE SE VERA QUE NO HAY OFICIO NECIO.

Vestidos como ya os he dicho, cubierta la cabeza con un sombrero de paja y el cuerpo con una tela basta, llegamos enfrente del palacio de un señor y solicitamos dar en él una representacion de nuestro espectáculo.

Cuando los marineros del buque me abandonaron en la playa, dejaron junto á mí una maleta que contenia la mayor parte de mis efectos. Entre ellos se encontraban diferentes instrumentos de matemáticas, un anteojo y una piedra iman de mucha fuerza. Me serví de esta piedra para hacer un autómatas. Gorté un pedazo de madera, tracé con él una figurita, y despues de proveerla de miembros muy flexibles, coloqué en uno de ellos unas puntitas de acero que no podian verse por lo exterior. Aproximando el iman á las diversas partes de aquel muñeco, la atraccion eléctrica le hacia mover los



ojos, los brazos, agitar los pies y la cabeza. Estudiando mucho, llegué á hacer que aquel maniquí maniobrara con mucha destreza. Ocultaba entre las anchas mangas de mi vestido, el pedazo de iman, y aproximándole alternativamente sin que se percibiese á los diferentes miembros de la figurita, parecía que efectivamente tenía vida.

Agregad á esto, que habia hablado á mi compañero de las maravillas de la ventriloquia, desconocida entre los japoneses, y que habia procurado imitar. Bien pronto hubiera podido sobrepasar al mismo Comte en el arte de reproducir misteriosamente todas las voces, y hacer que pareciese que salían de otro cuerpo. Mientras que yo hacia gesticular al autómatas sin que mis manos le tocasen, y sin que le moviese ningún agente visible, Fo-Kien, que así se llamaba mi compañero, le hacia hablar. No sería posible decirlos el buen éxito que tuvimos en nuestra primera representación. El señor en cuya casa habíamos entrado, nos dió una placa de oro, que valia cuatro ó cinco lises. En el Japon hay monedas de oro, plata y cobre. Las de cobre son redondas y agujereadas por medio, para que se puedan enfilear y formar sarta de cierta suma: estas monedas se llaman *mon*; puede comparárselas á los *copékes*: se necesitan cuatro para una de nuestras monedas de cobre.

Las de oro y plata son oblongas, cuadradas, ú ovaladas, y mas gruesas que las imperiales de Rusia. En cada una de ellas se lee el nombre y el valor que tienen, la fecha de su fabricación, y el nombre del soberano.

Esparciose por toda la poblacion la fama de nuestro maravilloso espectáculo: las personas mas ricas, nos llamaron á su casa, y para satisfacer la pública curiosidad, nos fué preciso dar una representación en el teatro de Matsmai, que es un espacioso edificio de mediana elevación: el escenario se encuentra á lo último, y el pavimento es de tablas como en los espectáculos de Europa. Desde el proscenio hasta la pared de la fachada en donde está la entrada para el público, hay dos galerías para los espectadores. El centro, que corresponde á nuestras lunetas, es un espacio vacío, no está entarimado, y solo si cubierto de unas esterillas de paja para resguardar de las incomodidades del frío y de la humedad. Como aquel espacio está mas bajo que el escenario, las primeras filas de espectadores no quitan la vista á los demas que están colocados detrás. No hay orquesta, bien por que no se canta en las piezas, bien por que los actores se acompañan á sí mismos, ó acompañan á los demas.

Enfrente del escenario, hay un gran espacio en donde han abierto la puerta de entrada. En lo interior no se ve ningún adorno, y ni aun las paredes están pintadas. Los dias de representación, llevan los trajes y las decoraciones de un almacén particular.

Allí fué donde mi muñeco escitó el entusiasmo del público japonés, y nos valió planchas de oro, que eran un testimonio de que habíamos sabido encontrar el medio de agradar.

Nme detuve en tan buen camino, y resolví formar

una fantasmagoria. Para ello desarmé mi antejo, y después de varias tentativas inútiles y de perder mucho tiempo, pude presentar á los japoneses aquel efecto óptico. No es posible figurarse el terror que produjo la vista del primer esqueleto que parecía lanzarse al salón: por todas partes prorrumpieron en alaridos, y me acusaban de sortilegio. Fué necesario volver á encender las luces, montar la máquina y hacer una explicación de los medios empleados para producir lo que ellos

posible sobre las costumbres de la nacion en que me encontraba.

—Esos pormenores no pueden menos de ser curiosos, le interrumpí, y deberiais comunicarnos algunos.

—Son efectivamente curiosos, replicó el corcobado: la educación, por ejemplo, se halla bien dirigida en aquel país. Desde la mas tierna edad enseñan á los niños á leer y escribir: instrúyenlos en la religion, en la historia de su país, y les dan algunas nociones de geografía. Mas tarde, y cuando principian á ser adolescentes, los inician en el arte de la guerra. Lo mas importante es que los acostumbran desde luego á tener paciencia, modestia y civilidad: los japoneses llevan estas virtudes hasta un grado inconcebible, y hemos visto muchas veces la prueba.

Los japoneses miran como una grosería el disputar en voz alta. Sostienen sus proposiciones con formas cultas y una multitud de precauciones oratorias, como si desconfiasen de su propio juicio. Jamás hacen reconvenções directas: se sirven de expresiones escogidas y recurren con frecuencia á ejemplos y analogías, de que os dejan el cuidado de sacar la conclusión.

Los personajes opulentos tienen brillantes trenes. Los carruajes de los principes y de los grandes señores tienen la antigua forma de las carrozas europeas: los holandeses son los que los han introducido en el Japon. Algunas veces suelen servirse para el tiro de caballos, pero lo mas comun es los búfalos. Los señores japoneses son prudentes y temen la fogosidad de los caballos. Por lo regular, lo que mas usan son unas sillas de manos llamadas *norimones* y *cangos*.

Los japoneses montan también á caballo, pero se crearian deshonorados si manejasen por sí mismos las riendas: un criado lleva al animal de la brida.

Vi una vez al gobernador de Matsmai que iba á caballo á un templo en donde se celebraba una ceremonia en acción de gracias todas las primavera, y á la cual tenia obligación de asistir. Habíanle precedido el sumo sacerdote, el clero, y los oficiales que debían llegar antes que él. Se adelantó sin ceremonia, y con una comitiva poco numerosa que le seguía á pie.

El bocado del caballo, en vez de bridas, tenía dos cintas de color azul celeste, que llevaban á cada lado dos criados colocados junto á la cabeza del animal; las puntas de ellas las tenían en sus manos otros dos criados que marchaban de frente á alguna distancia, por manera que aquellos cuatro hombres ocupaban todo lo ancho de la calle; en las grandes ceremonias se aumenta el número de los criados.

La cola del caballo estaba cubierta con una tela de seda de azul claro. El gobernador, con el mismo traje que vestía diariamente, y con la cabeza descubierta, iba colocado en una silla muy rica; apoyaba los pies en estribos de madera pintada y muy anchos que parecían unos cofrecillos (1).

Los criados que llevaban las riendas del caballo,

(1) En España y Portugal hay estribos semejantes á los de los japoneses; no son muy elegantes, pero sí bastante cómodos.



Una boda en el Japon: copia de un relieve: primer trozo



Una boda en el Japon, copia de un relieve: segundo trozo.

bido una educación esmerada, que debía hacerme odiosa tan miserable ocupación. Forzoso es confesárselo, me habitué bien pronto á aquella existencia: parecíame que mi antigua vida era un sueño, un recuerdo imaginario, una ilusión de mi cerebro!... Al mirarme deformarse en medio de la nación japonesa, no podía creer que era europeo, que habia mandado un navio y que habia tenido un patrimonio y una familia... Sin embargo, no dejaba de recoger cuantos datos me era

da de azul claro. El gobernador, con el mismo traje que vestía diariamente, y con la cabeza descubierta, iba colocado en una silla muy rica; apoyaba los pies en estribos de madera pintada y muy anchos que parecían unos cofrecillos (1).

Los criados que llevaban las riendas del caballo,

(1) En España y Portugal hay estribos semejantes á los de los japoneses; no son muy elegantes, pero sí bastante cómodos.



gritaban continuamente. ¡chai, chait!... es decir, des-  
pacio, despacio (4): tiraban al animal de modo que le  
hacían caracolear, y producir movimientos muy brus-  
cos, de suerte que el gobernador tenía que agarrarse  
con las dos manos a la silla para no perder el equilibrio.  
A poca distancia, y delante de aquel magistrado, mar-  
chaban en una sola fila algunos soldados mandados  
por dos sargentos; gritaban a cada instante que hicie-  
sen lado, aunque no hubiese gente. Detrás del goberna-  
dor iban unos porta-estandartes que llevaban en unos  
estuches las insignias de su dignidad. Esto quería decir  
que el gobernador solo iba de incógnito a la ceremonia.

Los japoneses son los hombres mas alegres del mun-  
do; jamás los he visto tristes. Hablan continuamente y  
entienden perfectamente las chanzas; nunca dejan de  
cantar cuando trabajan, y aun se sirven del compás pa-  
ra arreglar sus movimientos. Así es que los remeros y  
los obreros que levantan fardos muy pesados, trabajan  
con cadencia.

Los japoneses son muy aficionados a la música y el  
baile; tienen un instrumento parecido al arpa, una  
especie de violín, y varias clases de flautas y tambores.  
Me hablaron de otros instrumentos que no existían en  
Mastmai, y cuya descripción no pude comprender.

A pesar de la jovialidad natural de este pueblo, sus  
canciones son melancólicas y tiernas. Los gestos del  
cantor corresponden siempre al sentido de las palabras;  
por manera, que hace contorsiones en extremo ridícu-  
las. Estas gesticulaciones son a veces insoportables,  
porque van acompañadas de movimientos convulsivos  
de los ojos y de la frente. Con frecuencia el cantor afe-  
cta una alegría burlesca, ó bien rie y llora  
a un mismo tiempo.

En las bodas ja-  
ponesas hay un uso  
muy raro, cual es el  
de pintar con color  
negro los dientes de  
la joven esposa, que  
quedan así el resto de  
su vida: esta es la se-  
ñal distintiva de las  
mujeres casadas ó  
viudas.

Cuando nace un  
niño, plantan en el  
jardín ó en el patio  
cierto árbol, cuyo des-  
arrollo corresponde al  
número de años ne-  
cesario para que un  
hombre sea adulto:  
cuando se casa cor-  
tan el árbol, y el tron-  
co y las ramas sirven  
para construir baulés  
y el armario destina-  
dos a ser el guardaro-  
pa del nuevo casado.

Las leyes del país  
prohiben el matrimo-  
nio entre hermanos,  
pero los demás gra-  
dos de parentesco no  
tienen prohibición al-  
guna.

Precisamente ten-  
go en mi caja una lámina que representa una boda ja-  
ponesa. Voy a enseñárosela.

Tened, mirad.  
Abre la marcha un hombre armado con una lanza,  
que representa bastante bien a un suizo con su alabarda.

Detrás de él van varios hombres, unos a caballo y  
otros a pie. La figura mas estraña es la del segundo gi-  
nete, cuyo gorro se parece a los que usaban antigua-  
mente las señoras francesas. El carro que sigue está ti-  
rado por búfalos, y en él va la novia, que se sube a tra-  
vés de las miradas. Este carruaje se halla adornado con  
ricas colgaduras: a su lado van los parientes mas próxi-  
mos de la casada.

Por lo general los japoneses son muy celosos, pero  
este defecto es mucho mas común entre las personas ri-  
cas que entre las de la clase media é ínfima. Los princi-  
pes, los nobles, y los habitantes ricos tienen a sus mu-  
jeres encerradas casi continuamente, y no admiten a su  
lado a ningún hombre, como no sea pariente muy  
próximo. Sujetan a las mujeres a tan penosa clausura  
por orgullo y buen tono, mas bien que por verdaderos  
celos.

Las mujeres de condicion inferior, tienen la facul-  
tad de ver a sus parientes y amigos, y aun de presen-  
tarse sin velo en las calles y otros sitios públicos. Sin  
embargo, no se atreverían a admitir a ningún hombre,  
estando ausente su esposo.

Por lo demás, los celos de los japoneses no podrían  
compararse a los de ningún otro pueblo del Asia: no  
tienen nada de la ferocidad de los eunucos y de los ser-  
rales de los orientales.

Apenas son maridos un poco severos, en compara-  
ción de estos últimos (2).

(1) Cuando quieren que el caballo ande de prisa, le gritan:  
tsy, tsy.

(2) Completamos este capítulo con algunas esplicaciones  
sacadas de la obra del P. Charlevoix.

«El emperador en sus dominios, y los reyes ó príncipes en  
sus estados, hacen todos los matrimonios de las personas que  
componen sus cortes. Las mujeres que se reciben de mano del

—¿Cuáles son, preguntó mi compañero, las princi-  
pales producciones del terreno y del mar que baña las is-  
las del Japon?

—Las producciones mas abundantes y útiles, son el  
arroz, el pescado, una especie de rábano, la sal, el al-  
godón, la seda, el cobre, el hierro, la madera de cons-  
trucción, el té, el tabaco, los caballos, el ganado vacu-  
no, el cáñamo, un árbol que llaman *cadzy*, el oro, la  
plata, el plomo, el mercurio, y el azufre.

Dudo que haya un libro en donde se trate de tantos  
objetos en un solo capítulo; pero paso por alto la cen-  
sura, y ya he dicho que no me proponía método para  
este examen.

El arroz es la producción mas interesante, y la que  
la costumbre ha hecho indispensable a los japoneses:  
les sirve de pan, y es la base de las sustancias alimen-  
ticias, como el trigo en España, pero se hace de él un  
uso mas universal, porque en España hay muchas gen-  
tes que no comen pan de trigo, mientras que desde el  
dairi hasta el último mendigo, todos los japoneses se  
alimentan con arroz. Además la paja de este grano les  
sirve para hacer zapatos, sombreros, esteras, una espe-  
cie de papel para escribir, y por último varios utensilios,  
como cestas, etc. También hacen del arroz una especie  
de cerveza muy floja que llaman *sakki*: de la que desti-  
lan una especie de aguardiente.

El pescado es en este país, lo que la carne en Euro-  
pa. El ayuno de los hombres piadosos consiste en co-  
mer carne en vez de pescado. El aceite de pescado, por  
causa de su carestía, solo se usa para las luces en casa  
de los ricos: los pobres usan grasa de ballena, que se

las fundas de las armas y de otros objetos, están cubier-  
tas de un tegido de algodón, barnizado con tanto arte  
que se le tomaría por cuero.

## CAPITULO IV.

## LAS PRODUCCIONES DEL PAIS.

El cobre y el hierro sirven para los mismos usos  
que en Europa. Además se cubren los tejados de mu-  
chas casas con planchas de cobre, y aun revisten las  
paredes exteriores de los edificios con las mismas hojas  
tan perfectamente, que el agua no las puede penetrar.  
Algunas veces las pipas son de este mismo metal.

No es fácil formar una idea de la cantidad de hierro  
que se emplea en fabricar clavos, porque las casas,  
tanto por dentro como por fuera, están construidas de  
tablas clavadas a unos postes ó pies derechos, y vigas  
transversales. No se ve un cofre que no esté adornado  
con multitud de clavos.

Las maderas de carpintería son de una importancia  
fácil de apreciar en un país tan populoso, en que el  
temor a los temblores de tierra impide construir los  
edificios con materiales sólidos como la piedra, etc.

El uso del té y del tabaco está tan arraigado, que ya  
no sería posible renunciar a él. La costumbre es con  
frecuencia tan imperiosa como la naturaleza. Después  
de los alimentos indispensables para la vida, el té y el  
tabaco son para los japoneses unos artículos de prime-  
ra necesidad. Pasan su vida fumando y tomando té.  
Sus pipas no duran mas que veinte minutos, y en quan-  
to quedan vacías las

vuelven a llenar. Has-  
ta por la noche los ja-  
poneses se levantan  
algunos instantes pa-  
ra fumar y tomar una  
taza de té: este les  
sirve como si fuese  
cerveza para refres-  
car las fauces secas  
con el humo y el  
polvo.

El ganado vacuno  
no se destina para ali-  
mento, y aun tienen  
horror a su carne.  
Aquellos animales se  
emplean como los ca-  
ballos en el transporte  
de fardos. En los ter-  
renos que lo permiten  
los uncen a los car-  
ros; en los países  
montuosos los bueyes  
y caballos sirven co-  
mo bestias de carga.

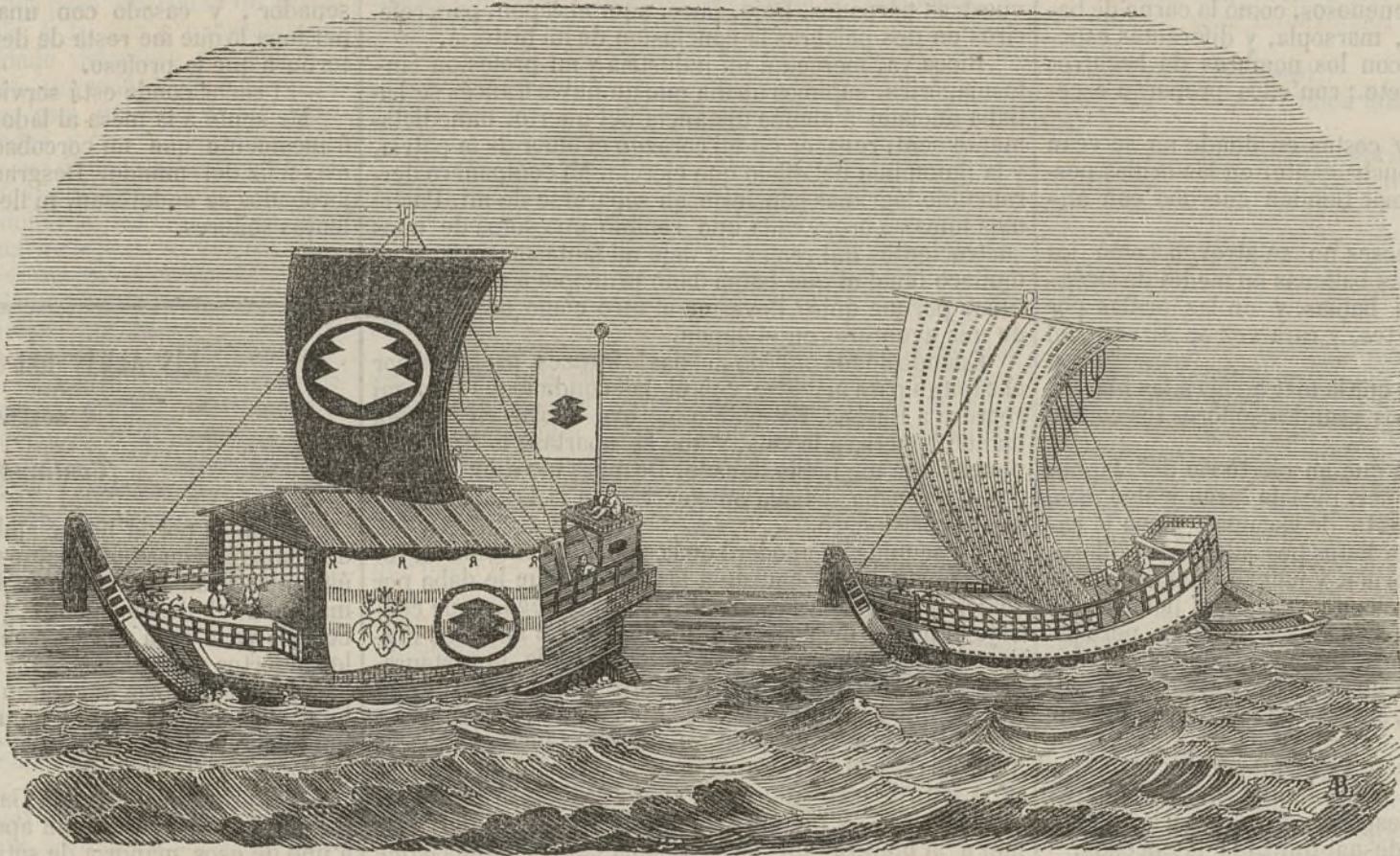
El cáñamo es la  
materia mas basta que  
se emplea en los ves-  
tidos, y se hacen con  
él tambien velas pa-  
ra los buques: los ca-  
bles y demas cuerdas  
se construyen con la  
corteza del árbol lle-  
mado *hadzy*: jamás  
se les cubre de brea

ni de ninguna otra materia resinosa. Por consiguien-  
te, estos cordeles no igualan en fuerza ni duracion  
a los de cáñamo; pero son suficientes para barcos me-  
dianos que no están destinados a arrostrar las tem-  
pestades. Su bajo precio compensa por otra parte la  
mala calidad. Con la misma corteza se hace hilo, me-  
chas, unatela comun, papel para escribir y pañuelos  
para el bolsillo.

El oro y la plata, objetos de ostentacion y de lujo,  
no pueden mirarse como necesarios para la vida, en la  
acepcion rigurosa de la espresion; sin embargo, con  
estos metales se proporciona todo lo demás, y figuran  
sin contradiccion en primera linea entre las necesida-  
des de un pueblo civilizado, y bajo este concepto debe-  
ria hacer mencion de ellos. El plomo, el estaño y el  
mercurio son materias indispensables para la purifica-  
cion del oro y la plata: el primero de estos metales es  
además útil para la guerra, y por esta razon hablaré al  
mismo tiempo del azufre.

Volvamos a tomar todos estos objetos en detall. El ar-  
roz crece en las partes medias de la isla de Nipon, y en  
tan grande cantidad, que las cosechas son mas que su-  
ficientes para las necesidades de una poblacion inmen-  
sa. Se le extrae tambien de la China, pero únicamente  
por precaucion, para que en caso de escasez los chinos  
no prohiban su esportacion: en efecto, no dejarían de  
oponer obstáculos a la estraccion de aquel grano, si se  
encontrase eliminado de la lista de las producciones  
permutables entre ambos imperios. Las provincias sep-  
tentrionales del Japon, como Nambon y Tzyngaron,  
producen poco arroz, y se proveen de él las comarcas  
inmediatas. Este cultivo, por la frialdad del clima, es  
desconocido en Mastmai, en Sachalin y en las islas Ku-  
rilas. Hemos visto, es cierto, en un valle cerca de Cha-  
codada un pedazo de tierra sembrado de arroz, pero  
nos dijeron que no era mas que un ensayo.

Los japoneses hacen con el arroz una especie de pu-  
ches, que usan en todas sus comidas en lugar de pan:  
la harina de arroz sirve para hacer toda clase de pas-  
tas; sin embargo, el arroz no es la única planta cereal



Barcas japonesas.

encuentra con abundancia por la parte de las islas Ku-  
rilas.

Las hojas del rábano se comen como las de las coles,  
y se hacen con ellas diferentes guisos. Salada esta raíz,  
sirve como de una especie de condimento para to-  
dos los manjares. Se ven campos enteros cubiertos de  
esta planta oleaginosa. Los habitantes se han habituado  
de tal modo a la sopa con rábanos, que su privacion  
les sería muy sensible.

La sal, no solo es indispensable para la preparacion  
cotidiana de los alimentos, sino tambien para la con-  
servacion del pescado. Las pesquerías mas importan-  
tes están en las costas de las Kurilas y de Sachalin. To-  
dos los veranos llegan a los puertos del imperio cente-  
nares de barcos cargados de pescado. Hay dos métodos  
para conservarle: uno es salarlo, y otro curarle al humo:  
el pescado seco por este último procedimiento, no po-  
dría conservarse mucho tiempo si le trasladasen a un  
clima cálido.

La seda y algodón equivalen a nuestras produccio-  
nes análogas, como la lana, el cáñamo, el lino, la plu-  
ma, y las pieles. Apenas hay prenda alguna del vestido  
que no esté guarnecida con ellas. Las capas de viaje,

soberano, son tratadas con mucha distincion: constrúyenlas  
palacios soberbios, y las dan habitaciones que pudieran hon-  
rar a una reina.

«Las doncellas que las destinan, las eligen con mucho cui-  
dado, y sirven con una modestia y habilidad estremadas. Se las  
divide en grupos de diez y seis; cada uno de ellos tiene una  
dama que le manda, y hacen el servicio alternativamente y se-  
gun el orden establecido. Los grupos ó cuadrillas se distinguen  
por el color de sus vestidos. Por lo comun, estas jóvenes, que  
en su mayor parte son de las mejores casas del país, se com-  
prometen por quince ó veinte años, y muchas por toda su vida.  
Regularmente son muy jóvenes, y cuando han servido hasta  
la edad de veinte y cinco ó treinta años, las casan segun su  
condicion.

«En los matrimonios no se consulta la inclinacion de los  
contrayentes; los casan sin conocerse; los padres son los que  
lo hacen todo. Es verdad que si no están contentos el uno con  
el otro, pueden separarse; la libertad es en esto igual por una  
y otra parte, pero las mujeres usan de ella mas rara vez que  
los hombres.»



de los japoneses: en los mismos usos emplean la harina de cebada, que tambien sirve de pienso á los caballos. El maíz entra igualmente en diversas formas en la preparacion de los alimentos, algunas veces suelen tostar mazorcas enteras y comerse los granos: los japoneses aprecian mucho ciertas especies de judías y habas; las comen unas veces cocidas y otras con almibar ó *soya*; las judías cocidas con arroz pasan por un manjar muy delicado.

El soya se compone de habas que dejan que se agrien como la berza ácida: dicen que se necesitan tres años para que esta preparacion adquiera todo su grado de perfeccion.

Las patatas de este pais, son muy diferentes de las que he visto en Portugal, en la isla de Madera, en el Brasil y en otras partes, su tamaño iguala al de las mas grandes de nuestro pais, pero son mas largas, y la cáscara es de un rojo bastante fuerte: la parte interior es blanca, de sabor delicado y agradable, y exhala un olor como de rosa. Tambien hay guisantes, pero solo se cultivan en las huertas.

El arroz es el grano mas conveniente á la poca extension y á la escasa poblacion del pais, porque ningun otro cereal daría en tan pequeño espacio resultados tan abundantes.

No puedo decir que especie de pescados producen las costas meridionales y centrales del Japon, y los rios de aquellas mismas partes. Las pesquerías de Mastmai, Kunaschir, Iturup, y Sachalin, suministran en cantidad considerable casi todos los pescadores que se cogen en Kamtschatka. Hablaré de ellos en la descripcion de las posesiones japonesas en las islas Kurilas.

Los japoneses comen todos los animales marinos que no están reputados por venenosos, como la carne de ballena, cachalote, tiburon, marsopla, y diferentes especies de focas, conocidas con los nombres de becerros marinos, leones de mar, etc.; con ellos preparan excelentes guisos.

Por esta razon no hay costas en donde no se vean pesquerías que ocupan mucha gente: en las orillas pescan con redes, en alta mar tienden cuerdas con anzuelos.

Los pescadores japoneses no se atreven como los europeos, á acometer á las ballenas en medio de Océano: solo las cogen en las bahías, y en las orillas por medio de redes muy fuertes, y rara vez se sirven del harpon.

Los pescados muertos que la mar arroja á las playas, no los desprecian: hasta los grandes señores los comen con gusto.

Los japoneses cuentan que en cierto rio del Japon, hay animales anfibios de seis pies de largo y algo mas, cuyo cuerpo se halla cubierto de escamas y con la cabeza y cabellos de hombre. Estos pescados maravillosos salen algunas veces á la orilla, y juegan ó luchan dando espantosos aullidos. En cuanto ven á un hombre en tierra ó en el agua se arrojan á él y le matan, pero jamás le comen. Si se hubiese de creer á los japoneses, aquellos monstruos tienen un modo muy extraño de quitar la vida á los hombres, porque les arrancan los intestinos.

Todos estos pormenores, se asemejan mucho á otras tantas fábulas, y si tienen algun fundamento, si se refieren en efecto á alguna especie extraordinaria, se habrá exagerado mucho, y desnaturalizado los hechos.

El rábano del Japon no se asemeja al nuestro ni en el gusto, ni en la forma. Es delgado y sumamente largo, pues que muchas veces suele tener algunos pies: el gusto no es muy acre, por el contrario, es dulce.

Hay campos enteros cubiertos de él: salan una gran parte de la cosecha, y el resto la entierran durante el invierno, y se sirven de él para hacer caldo. Aun las hojas no son inútiles: con ellas hacen sopas, las salan para guardarlas ó hacen con ellas ensaladas.

Tambien usan estas hojas para mejorar el tabaco. Acercan al fuego las hojas frescas hasta que suelten la humedad y despues se mezclan con el tabaco que se ha de fumar. Los naturales dicen que esto impide que se seque el tabaco y que le comunica un gusto y sabor agradables. Yo me he convencido de la primera asercion, pero no he encontrado la segunda igualmente cierta, sin duda porque yo no entiendo de tabacos.

Los campos de tabaco los abonan con excrementos humanos: hemos visto la prueba en Mastmai. En algunos puntos emplean el mismo estiércol para el arroz.

El consumo de sal es prodigioso: hay salinas y minas de sal gemma, pero sus productos son poco considerables: ademas seria necesario sacar aquella sustancia del centro del imperio, y la dificultad de los transportes hace su uso casi nulo. No se emplea, pues, en todo el reino mas sal que la producida por la evaporacion de las aguas del mar. Hallándose aquellas aguas debajo de los trópicos, cargadas de gran cantidad de partículas salinas, la operacion se hace con mucha facilidad. Construyen en las costas unos espaciosos estanques, en los que se introduce el agua del mar durante el flujo: allí dejan que la evapore los rayos del sol, hasta que no quede mas que una costra que levantan para quitarla la humedad por medio del fuego.

El algodón es de la especie que los ingleses cultivan en sus colonias de las Antillas, es decir, un arbusto que cuando mas se eleva á la altura de un hombre.

La cosecha de esta produccion debe ser inmensa, pues que la mayor parte de los habitantes se visten con telas de algodón. La borra que sacan de él la emplean como pieles: llenan con ella los colchones y las mantas. Con el algodón fabrican tambien una especie de papel y mechas, cuyo consumo debe ser enorme, pues que

los japoneses tienen siempre lumbre y luz por la noche.

Cuando llegan á un puerto de mar buques extranjeros ó va á visitarle un personaje distinguido, toda la ciudad se cubre al punto de colgaduras de algodón.

En una palabra, no hay ningun pais en donde el algodón sea de un uso tan extenso; así es que su cultivo se hace con el mayor esmero. Para dar una idea de la industria y actividad de este pueblo original, me bastará decir que desde las Kurilas, hasta lo interior del Japon, llevan cargamentos enteros de arenques podridos para abonar los plantíos del algodón.

Primero calientan los arenques en una gran caldera de hierro y los presenan de manera que dejen en el fondo de la caldera toda la materia oleosa, que les sirve para las lámparas. Lo que resta de los arenques lo estienden sobre unas esteras y lo ponen al sol, hasta que podridos se reducen á cenizas. Esta sustancia la colocan en sacos y la trasportan por mar. Los plantíos de algodón que reciben semejante abono son de una fertilidad extraordinaria.

El Japon es tambien muy rico en seda: la prueba la hemos tenido á la vista. Mastmai es una de las ciudades mas pobres del imperio, y sin embargo hemos visto á los habitantes de todas clases, y particularmente á las mugeres, con vestidos de seda. Los dias de fiesta hasta los mismos soldados llevan brillantes uniformes de tela de seda.

## CAPITULO QUINTO Y ULTIMO.

EN DONDE EL CORCOBADO LLEGA A PONERSE CASI RECTO.

Veo, dijo el narrador, que el sueño y la fatiga cierran vuestros párpados. Dejo, pues, aquí al Japon, para referiros en dos palabras la conclusion de mi historia.

Ricos ya, merced á mi industria y mi profesion fantasmagórica, supimos un dia que un navio francés se hallaba anclado á alguna distancia del puerto. Inmediatamente sentí renacer en mi corazon el amor de la patria, y la ignominia del oficio que ejercia. Mi compañero derramando lágrimas consintió en separarse de mí. Partimos nuestro oro, y cada uno recibió una suma de unos cuatrocientos mil reales: le dejé mi fantasmagoria, y un muñeco igual al que habia dado principio á nuestra fortuna, porque quise llevarme el otro como un recuerdo de mis aventuras en el Japon.

Cuando llegué á bordo del navio francés, pregunté por el capitán para arreglar con él las condiciones para mi regreso á Europa. En cuanto me oyó hablar en español mandó hacerse á la vela, y que se apartase la barca japonesa que me habia llevado. Despues me dijo:

—La España se halla en guerra con la Francia, y vos sois mi prisionero.

En seguida se apoderó de la caja que contenia mi tesoro; por única respuesta á las quejas que le daba por semejante traicion me hizo bajar á la bodega, y me condujo al puerto de Tolon, en donde sin que nadie se dignase oírme, aunque los acontecimientos de la restauracion habian restablecido la paz entre la España y la Francia, no quisieron atender mis quejas contra el capitán.

Felizmente llevaba en mi saco un talisman que ya me habia sacado de apuros en otra ocasion; mi autómatas. A falta de otro sitio mejor, me establecí al aire libre, en una plaza, y bien pronto vi agruparse en derredor mio á la multitud que se estasiaba con el muñeco que parecia vivo. Con mi figurilla mecánica llegué á ser objeto de todas las conversaciones y un gran señor me envió á llamar. Despues de haber lucido mi habilidad, le conté mi aventura, hablé en mi favor; pero no conseguí nada, porque el tratado de paz no se habia aun concluido cuando fui despojado de mi tesoro: no me quedó, pues, mas recurso que atravesar la Francia á pie, deteniéndome en las poblaciones para ganar con mi muñeco el dinero necesario para emprender la jornada siguiente. En fin, vedme aquí, caballeros, en mi pais, en mi provincia, reducido todavia al oficio de titiritero, porque las cartas que he escrito á mi familia han quedado sin contestacion. Sin vos, gracias á la lluvia que me impedia dar mi representacion, me habria quedado sin cenar.

Despues nos saludó y salió de la habitacion, dejándonos indecisos. Era imposible no creer que aquel hombre habia habitado en el Japon; pero ningun crédito dábamos á cuanto nos habia dicho de su título de capitán, y de la elegancia de su talle antes de ser corcobado. Al dia siguiente continuamos nuestro viaje sin volverle á ver. Trascurridos tres años, regresé á Madrid, y ya no me acordaba ni del Japon ni del contrahecho que me habia referido tantas maravillas.

Una noche estaba en el teatro del Principe, que todavia no habia cambiado de nombre para empeorar de fortuna; concluido el segundo acto sali por las galerías, y con gran sorpresa vi que se me acercó un desconocido de corta estatura, muy grueso, y en cuyo brazo se apoyaba una jóven de encantadora hermosura.

—Caballero, me dijo, ¿quereis dispensarme el honor de comer mañana conmigo? He aquí mis señas.

Me entregó una tarjeta, me saludó, y me dejó por que la campana anunció que iba á levantarse el telon para el tercer acto.

Me quedé confuso sin saber si deberia aceptar un convite tan extraño. Sin embargo, el desconocido no se equivocaba, pues me habia llamado por mi nombre. Leí su tarjeta, y decia el conde de San F... uno de los mas ilustres nombres de nuestra aristocracia. Resolví concluir aquella extraña aventura, y me dirigí á casa de mi misterioso anfitrión.

Cuando me hubo anunciado uno de los criados que

poblaba el magnífico palacio, vi venir hacia mí al desconocido de la vispera, que me dijo sonriéndose:

—Hace largo tiempo, caballero, que me disteis de cenar: por fin, tengo la dicha de poder pagáros lo que os debo, porque sin vos, no hubiera cenado. ¿No reconocéis al titiritero de Gerona?

—¿Vos, caballero? exclamé aturdidamente, pero no me sois....

Y me contuve ruborizado de la imprudencia que habia cometido.

—No soy jorobado, dijo, ¡ay! ¡si así fuese! la ortopedia y mi sastre disimulan esta triste enfermedad. En Madrid, con dinero, puede remediarse todo, hasta la deformidad.

Pero os debo la narracion de mis aventuras, y ver á hacérosela, aunque ligeramente. Cuando llegué á mi ciudad natal, encontré á mis sobrinos en posesion de mis bienes, porque creian que habia muerto: fué necesario probar mi identidad, lo cual era en verdad difícil: tuve que pleitear, y durante este tiempo, ya no podía mantenerme con mi autómatas: un hombre honrado, antiguo arrendatario de mi familia y que habia llegado á ser un comerciante regularmente acomodado, me ofreció su casa, y no solo me dió asilo, sino que me suministró los fondos necesarios para litigar. Gané el pleito, y los colaterales que sin escrúpulo se habian apoderado de mi patrimonio, tuvieron que restituirme: entonces ofrecí mi mano á la hija de mi amigo. La aceptó, porque antes de hacer semejante peticion habia adoptado los recursos orthopédicos, y la singular habilidad de mi sastre, que me pusieron desconocido aun á mis propios ojos. Vedme en el dia rico, repuesto en mi antiguo grado en la marina, diputado, y en visperas de llegar á ser senador, y casado con una muger jóven, que me perdona lo que me resta de deformidad, en atencion á la ternura que la profeso.

—El señor conde está servido, dijo un criado.

Me senté á la mesa al lado de la condesa, y confieso francamente que mi corcobado me pareció el hombre mas feliz del mundo. Desgraciadamente no todos los jorobados se enderezan, ni llegan á ser grandes y opulentos señores.

X...

## LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

NOVELA.

(Continuacion.)

Sentados por la noche ambos amigos en una tienda de campaña con unos cuantos oficiales, tratábase de la última escaramuza, culpando las disposiciones del que mandaba el destacamento y enmendándole la plana cuando ya la cosa era irremediable. Hablóse luego de los muertos y heridos.

—Por lo que toca al capitán Gomara, dijo don Juan, le echaré menos durante mucho tiempo: era un valiente oficial, buen camarada y verdadero padre de sus soldados.

—Seguro, dijo á estodon García; pero os confieso que me sorprendió el verle tan apurado porque le trajese á uno de esos mandria de sotana; lo que prueba que va algo del dicho al hecho en punto de valentia. Sugiero hay que se burla de un peligro lejano, y palidece al sentirlo luego cerca de sí. A propósito, ya que os dejó por heredero ¿no nos direis á cuanto asciende vuestra herencia?

Abrió entonces don Juan la bolsa por primera vez, y se encontró con unos sesenta escudos de oro.

—Puesto que tenemos capital, dijo don García, acostumbra á mirar el dinero de su amigo como suyo, y no vale mas jugar una partida de faraon que perder de esta suerte el tiempo pensando en nuestros compañeros de la otra banda?

La proposicion agradó á todos. Se trajeron algunos tambores, y cubriéndolos con una capa, sirvieron de mesa de juego. Don Juan, aconsejado por don García, jugó primero; pero antes de apuntar sacó de la bolsa diez escudos que envolvió en su pañuelo y metió en la faltriquera.

—¿Qué diablos pretendéis con eso? exclamó don García. ¡Ahí es nada, con el soldado que en visperas de una batalla la echa de especulador!

—Os consta, don García, que este dinero no es todo mio, pues el legado de don Manuel ha sido conferido *Sub pena nomine*, como decíamos en Salamanca.

—¡Chispas con el tontuelo! exclamó don García. Lléveme el diablo si no se siente con intenciones de entregarnos esos diez escudos al primer cura que nos salga al paso.

—¿Y por qué no? Así lo he prometido.

—Por las barbas de Mahoma, callaos. Vergüenza me dais; no os reconozco.

Comenzó el juego, y aunque la suerte estuvo varia en un principio, se declaró por último decididamente contra don Juan. En vano, para ver de desenojarla, ocupó don García el puesto, pues continuando rebelde la caprichosa deidad, al cabo de una hora cuanto dinero poseian, y ademas los cincuenta escudos del capitán Gomara, habian pasado á manos del banquero. Don Juan queria irse á acostar, pero don García, acalorado con la pérdida, formó empeño en desquitarse.

—Vamos, don Prudente, dijo, sacad á lucir esos escudos, que habeis guardado tan bien. Seguro estoy de que labrarán nuestra fortuna.



—Acordaos de mi promesa, don García.

—Si pareis un chiquillo, amigo mío! Buenos estemos ahora para misas.... Si Gomara se hallase aquí, preferiría robar en sagrado á dejar pasar una carta sin apunte.

—Tomad cinco escudos, dijo don Juan, y no los arriesguéis de un golpe.

—Nada de flaqueza, respondió don García apuntando á un rey los cinco escudos.

Ganó, jugó un paroli y lo perdió.

—Los otros cinco, gritó pálido de cólera.

Don Juan presentó algunas dificultades fácilmente superadas, pues cuatro de los escudos restantes, siguieron luego el destino de los demás. Con esto se levantó don García furioso, y arrojó la baraja á las narices del banquero.

—Marana, dijo á su amigo, siempre habeis sido afortunado, y suele á veces conjurarse la fortuna usando del postrer escudo.

Don Juan, que no estaba menos enfurecido que él, se olvidó de misas y juramentos, y apuntó á un as el escudo restante, que perdió en seguida.

—¡Carguen los diablos con el alma del capitán Gomara! gritó. ¡Endosarme un dinero maleficiado!

El banquero les preguntó si gustaban de continuar; pero desplumados como se hallaban, y no siendo prudente jugar al crédito con gentes pendencieras y desalmados, preciso fué dejar los naipes y acudir á las botellas. Nadie volvió á acordarse del alma del pobre capitán.

En breve los españoles, con los auxilios que recibieron, tomaron de nuevo la ofensiva atravesando por los lugares en que había acontecido la refriega. Los muertos permanecían aun insepultos. Don García y don Juan espolaban sus caballos para libertarse de semejante espectáculo, horrible á la vez y nauseabundo, cuando el grito de un soldado delantero los obligó á acercarse y reconocieron en un cadáver que yacía en un foso al capitán Gomara, casi del todo desfigurado.

Por sus facciones trastornadas y contraídas se adivinaban los atroces dolores de sus últimos momentos, y no obstante estar familiarizados con tales escenas se estremeció don Juan, pareciéndole que los ojos del cadáver empañados y llenos de sangre cuajada, se fijaban sobre él amenazadores. Recordó entonces las recomendaciones del veterano y su infidelidad en cumplirlas; pero, asistido de la tenaz, si bien ficticia dureza de su corazón, pronto desechó aquellos sadulables remordimientos, contentándose con hacer sepultar inmediatamente al capitán. Un capuchino que se encontraba por acaso allí, recitó de prisa algunas oraciones; con lo que, y unos cuantos ríos de agua bendita, y la correspondiente cobertera de tierra y piedras, prosiguieron los soldados su camino mas cabizbajos que de costumbre. Un viejo arcabucero, después de registrar largo tiempo sus bolsillos, halló un escudo y lo entregó al capuchino diciéndole:

—Tomad para misas por el alma del capitán Gomara. No se le escapó á don Juan este hecho.

Aquel día nuestro héroe dió pruebas de extraordinaria valentía, esponiéndose al fuego enemigo con tanta imprudencia como si aspirase á morir.

—Para ser valiente, decían sus camaradas, no hay como no tener una blanca.

Poco después de la muerte del capitán Gomara, se admitió en clase de recluta á un joven en la compañía donde servían ambos amigos. Mostraba decisión é intrepidez; pero su carácter adolecía de misterioso y taciturno. No se le veía comer ni beber con sus compañeros, y pasaba horas enteras sentado en un banco del cuerpo de guardia, divirtiéndose en ver volar las moscas ó en ejercitar el fiador de su arcabuz. Los soldados, movidos de su reserva, le apellidaban el *Modesto*; y con este apodo se le conocía en la compañía, no llamándole de otra suerte sus gefes mismos.

Se terminó la campaña con el sitio de Berg-op-Zoon, uno de los mas sangrientos de aquella guerra, por la enardecida defensa de los habitantes. Hallábanse una noche ambos amigos de servicio en la trinchera, puesto peligrosísimo atendida su aproximación á la plaza. Redoblábanse las salidas de los sitiados, y su fuego era vivo y dirigido con acierto.

La primera parte de la noche se pasó en continuas alertas; y en seguida, tanto sitiados como sitiadores parecieron rendirse á la fatiga, cesando en sus tiros y esparciéndose un silencio profundo por toda la llanura, interrumpido meramente por una que otra descarga, sin mas objeto que el de hacer notar la mútua vigilancia, no obstante aquel instantáneo reposo. Eran las cuatro de la mañana, momento en que el hombre que ha velado experimenta cierta sensación de frío, desapacible y acompañada de una opresión moral que el cansancio físico y la gana de dormir ocasionan. A tal hora y con tales disposiciones de espíritu y de cuerpo, no hay nadie que deje de sentirse acometido de algunas debilidades, aunque tenga que avergonzarse de sí mismo al adelantarse el día.

—¡Vive Dios! exclamó don García, sacudiendo los pies para entrar en calor y arrebozándose en su capa; el frío me penetra hasta los huesos: un chicuelo holandés sería capaz de vencerme con un cántaro de cerveza por toda arma. Ni siquiera me reconozco, visto que este arcabuzazo acaba de hacerme estremecer; y á ser yo devoto, me figuraría que el estado en que me encuentro es un aviso del cielo.

No poco sorprendidos se quedaron los circunstantes oyéndole hablar así; como que era la primera vez que lo verificaba sin mofarse. No sabía don Juan qué pensar, y reparando el de Navarro en las sonrisas con que sus

camaradas acogían sus razones, escitado por un sentimiento de vanidad, exclamó:

—Nadie vaya á creer que temo yo á los holandeses, ni á Dios, ni al diablo; porque entonces ajustáramos cuentas.

—En cuanto á los holandeses, concedido; pero en cuanto á Dios ni al otro, natural es temerlos. Estas palabras fueron pronunciadas por un viejo capitán de cano bigote, que llevaba un rosario pendiente al lado de su espada.

—¿Y qué mal pueden ellos hacerme? preguntó don García, un arcabuz protestante hiere en el blanco mejor que el trueno.

—¿Y vuestra alma? repuso el veterano, santiguándose al oír tal blasfemia.

—¡Mi alma!... ¿Estoy cierto acaso de su existencia? ¿Quién me lo asegura? Además aunque la tuviera he hecho ya demasiados méritos para perderla y no es tiempo de pensar en su redención.

—Don García, acabareis mal, dijo el anciano; no son conversaciones esas para una trinchera.

—Aquí como en cualquiera otra parte hablo lo que pienso. Me callo sin embargo, pues me parece que á mi camarada don Juan se le va á caer el sombrero de la cabeza con tanto erizarse los cabellos. No solo cree él en el alma, sino hasta en las almas del Purgatorio.

—Confieso, dijo don Juan riéndose, que no tengo yo esa sublime indiferencia que sentís vos hacia las cosas del otro mundo; y aunque os burleis de mí, añadiré que hay momentos en que los cuentos de condenados me hunden en desagradables meditaciones.

—La mejor prueba de lo poco que puede el diablo es veros hoy de pie en esta trinchera; porque, señores, añadió don García tocando la espalda de don Juan, si existiese un diablo hubiera ya cargado con este chico.

A pesar de sus tiernos años es un escamulgado si los hay; seductor de mugeres y enterrador de hombres, capaz de ponerles la cartilla en la mano á dos frailes franciscos y á dos guapos de Valencia.

Un arcabuzazo, partido del lado de la trinchera que daba al campo español, vino á interrumpirle. Don García llevó la mano á su pecho, exclamando: ¡estoy herido!

Y en seguida tras unas cuantas vacilaciones, cayó: distinguióse al mismo tiempo á un hombre que huía á favor de la oscuridad, en la que le perdieron bien pronto sus perseguidores.

La herida pareció mortal, pues el tiro había sido asestado de muy cerca y con muchas balas; sin embargo, la firmeza de aquel endurecido libertino no se desmintió ni un instante. Mandó enhoramala á los que le hablaron de confesarse, y dijo á don Juan:

—Un solo pesar me acompaña á la tierra, y es el de que logren los capuchinos persuadirlos de que en mi muerte tiene Dios que ver algo. ¿Hay cosa mas natural que morir de un arcabuzazo un soldado? Dicen que el tiro ha salido de nuestras filas, y entonces lo atribuyo á algun celosiracundo que habrá pagado para que me asesinen. Hacedle ahorcar de bien alto y sin intermisión, si le atrapaís. Don Juan, escuchadme; tengo dos queridas en Amberes, tres en Bruselas y otras en....

¡Diantre de memoria!... os las luego.... por no poseer nada que mas valga.... Tomad también mi espada.... y no olvideis sobre todo la estocada que os enseñé.... Adios....

En lugar de misas, quiero que mis camaradas solemnicen mi entierro con una gloriosa orgia.

Poco mas ó menos tales fueron sus últimas razones, curándose de Dios y de la vida venidera lo que en medio de su salud y robustez. Espiró con la risa en los labios, comunicándole la vanidad suficiente fuerza para sostener hasta el cabo su detestable papel. No se volvió á ver á Modesto, y de ahí que todo el ejército le considerase como el asesino de don García, aunque sin atinar nadie con el motivo de semejante atentado.

Don Juan sintió al de Navarro mas que si hubiese sido su hermano, pues decía ¡insensato! que le era deudor de todo, que él le había iniciado en los misterios de la vida y rasgado la venda que cubría sus ojos. Antes de conocerle no era nadie y ahora se le figuraba hallarse muy por encima de los demás hombres, cambiando de esta manera en bien, cuanto mal le acarrearía la amistad de aquel ateo, por quien sentía un agradecimiento igual al de un discípulo respecto de su maestro.

Con las tristes impresiones de esta repentina muerte mudó de género de vida durante algun tiempo; pero poco á poco recobró sus antiguas costumbres, demasado arraigadas ya para ceder á un solo accidente. Comenzó de nuevo á jugar, á beber, á cortejar á las esposas y á reñir con los esposos. Sus aventuras se reproducían todos los días: ora subía á una brecha, ora escalaba un balcon; por la mañana á las manos con un marido, por la noche bebiendo con mugeres prostituidas.

En medio de estos desórdenes supo la muerte de su padre y la de su madre, que no le había sobrevivido sino unos cuantos días. Los hombres que lo entendían de acuerdo en esto con su propio gusto, le aconsejaron que volviera á España y tomase posesión del mayorazgo y de los cuantiosos bienes que bajo otros respectos acababa de heredar. Perdonada, hacia tiempo, la muerte de don Alonso de Ojeda, padre de doña Faustina, tenía por enteramente terminado este asunto; y como además, le parecía oportuno gallardearse en mayor teatro, y pensaba en las delicias de Sevilla y en las muchas hermosuras que no esperaban, sin duda, sino á que él llegase para rendirse á discreción, se despojó de la coraza y partió la vuelta de España. Hizo una pequeña parada en Madrid, donde se lució en una corrida de toros por la riqueza de su vestido y su destreza en picar, no faltándole una que otra conquista amorosa. En Sevilla

deslumbró á todos con su fausto y magnificencia, y á sus fiestas diarias concurrían las mas hermosas damas andaluzas. Los placeres, las orgías, se sucedían en su palacio, y había llegado á ser el rey de una multitud de libertinos que, si indisciplinados para con los demás, le obedecían á él con esa docilidad no rara en las asociaciones de los malos. Todos los desórdenes le eran habituales, y como los vicios de los ricos trascienden, de ahí la perversion que su ejemplo producía en los jóvenes de Sevilla, quienes le colmaban de elogios y le escogían por modelo. A sufrir mas tiempo la Providencia su libertinage se hubiera necesitado una lluvia de fuego para castigo de aquella ciudad. Cayó don Juan enfermo; pero ni por esas se arrepintió un instante, pues solo deseaba restablecerse para sumergirse en nuevos escesos.

Durante la convalecencia se divirtió en formar una lista de las mugeres que había seducido y de los maridos engañados. Su clasificación no podía ser mas metódica: á un lado los nombres de aquellas con sus señas en compendio; al otro los de estos y sus respectivas profesiones. Costóle trabajo acordarse de todos los nombres de sus víctimas, por lo que es de creer que no estaría completo el número. Enseñó un día este catálogo á uno de sus amigos. Principiaba con el nombre de una cuyos favores había obtenido en Italia, y que le había hecho creer que fué querida del Santo Padre, por cuya razón el papa figuraba en la lista de los maridos. Después venía un príncipe reinante, y tras de él duques, marqueses, condes, hasta artesanos, por su órden.

—Nadie se ha escapado de mis uñas, querido, dijo á su amigo; desde el papa al zapatero, todos me han satisfecho su correspondiente cuota.

Examinó don Toribio (así se llamaba el tal amigo) el catálogo, y se lo devolvió, exclamando con aire de triunfo:

—¡No está completo!

—¿Cómo que no! ¿quién falta, pues, en la lista de los maridos?

—¡Dios! respondió don Toribio.

—¡Dios!.... cierto, no hay ninguna monja. ¡Por vida de...! Gracias por la advertencia. Te juro, á fé de caballero, que antes de un mes estará Dios colocado en mi lista por encima del papa y que tendré el gusto de cenar aquí con una monja. ¿En qué convento de Sevilla las hay lindas?

Pasados unos días ya don Juan frecuentaba las iglesias de los conventos, arrodillándose muy cerca de las verjas que separan á las esposas del Señor del resto de los fieles, desde donde lanzaba sus miradas impudentes á aquellas tímidas vírgenes, como busca un lobo dentro del redil á la mas gorda oveja para inmolársela primero. Pronto llamó su atención, en la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, una joven y hermosísima religiosa, cuyos encantos realzaba el viso de melancolía que se extendía por sus facciones. Ni levantaba los ojos, ni los torcía á derecha ó á izquierda; la dirían ocupada enteramente por el divino misterio que se estaba celebrando. Notábase apenas el movimiento de sus labios, se conocía que oraba con mas fervor que sus otras compañeras. Su aspecto trasportó la mente de don Juan á antiguas memorias, pareciéndole que había visto aquella muger en alguna parte, pero sin serle posible acordarse donde, ni en qué tiempo; tantas eran las fisonomías grabadas en su imaginación. Dos días consecutivos volvió á la iglesia, se colocó en el mismo parage, é hizo por que la hermana Agata (tal había averiguado que era su nombre) levantase los ojos; pero inútilmente.

Estas dificultades irritaron los deseos de don Juan. Lo mas importante, en su sentir, y á la par lo mas difícil, era que le viese; pues persuadiale su insolente vanidad de que si lograba esto, la victoria estaba ya medio ganada. He aquí las trazas que se dió para conseguir su objeto. Colocóse lo mas próximo á ella posible, y en el momento de alzar, cuando todos se habían arrodillado, pasó la mano por entre los barrotes de la verja y vertió á los pies de la hermana Agata una redomilla de esencia que traía consigo. La fuerza del olor obligó á la joven á levantar la cabeza, y como don Juan se hallaba enfrente, advirtió en él. Al principio el pismo se dibujó en sus facciones; y poniéndose en seguida muy pálida, exhaló un débil grito y cayó sin conocimiento. Sus compañeras acudieron y se la llevaron. Don Juan satisfecho de sí mismo, se retiró diciendo:

—La monja es lindísima; pero cuanto mas la veo, mas se me figura que ya ocupa un lugar en mi catálogo.

A la mañana siguiente se apostó, como siempre, al lado de la verja; pero ya la hermana Agata no estaba delante, sino por el contrario, detrás de todas las monjas. Don Juan notó que le miraba á hurtadillas, y de aquí dedujo favorables pronósticos para su pasión.

—Me tiene miedo la chica, pensó; veremos de domesticarla.

Terminada la misa, vió que se dirigía á un confesionario, y que al pasar por cerca de la verja había dejado caer su rosario, como sin advertirlo. No era don Juan hombre capaz de equivocarse en el particular; y así, conoció antes de nada, que le importaba apoderarse del rosario; para lo cual, atendida su posición, convenia aguardar á que todos saliesen de la iglesia. Entretanto se respaldó contra un pilar, meditabundo y con una mano sobre los ojos, si bien tenía los dedos entreabiertos para no dejar escapar ninguno de los movimientos de la hermana Agata. Los que le hubiesen visto en semejante postura le habrían tomado por un buen cristiano absorbido en sus piadosas meditaciones.

Salíó la monja del confesionario y dió algunos pasos



para entrar en lo interior del convento; pero reparando o fingiendo reparar en la falta de su rosario, miró en redondo y se encaminó a la verja con el objeto de recogerlo. Bajóse, y en el momento mismo observó don Juan que una cosa blanca se deslizaba hacia él. Era un papelito doblado en cuatro. Con esto, la religiosa se retiró.

Sorprendido el libertino de su fácil victoria, como que sintió no hallar mas obstáculos; pareciéndose al cazador que persigue a un ciervo y se promete una carrera larga y penosa; pero cuyas esperanzas de pla-

cer frustra la repentina caída del animal. Con todo, cogió el billete y salió de la iglesia para leerlo a sus anchas. He aquí su contenido.

«¿Sois vos, don Juan? ¿Con qué es cierto que no me habeis olvidado? Harto desgraciada era; pero comenzaba ya a habituarme a mi suerte, cuando volveis vos y con vos una desgracia mayor cien veces para mí. Debería aborreceros, como el matador de mi padre... y sin embargo, ni aborreceros puedo ni olvidaros. Compadece-me, y no volvais a esta iglesia; pues me causais

mucho daño.... Adios, adios: muerta para el mundo. Teresa.»

—¿Con que la Teresita, he? dijo don Juan. Ya yo recelaba haberla visto en alguna parte. Y prosiguió comentando el billete: *debería aborreceros...* Esto significa, os adoro; como matador de mi padre.... Otro tanto decía Jimena a Rodrigo; *no volvais a esta iglesia...* Traduzcamos, mañana os espero. A las mil maravillas es mia. Y con esto fuese a comer.

(Se concluirá.)

### TRIBUNALES ESTRANEROS.

En el de Assises de la Meurthe (Francia) se ha visto y sentenciado una causa contra una mujer por el delito horrible de haber envenenado a su marido e hijos. Una circunstancia, de que hablaremos despues, hace sublevar el ánimo mas apagado contra esa execrable hipócrita.

Acusada María Catalina Moitrier, viuda de Juan Bautista Segard, de robos de corta importancia, al escudriñar el tribunal sus antecedentes, ha llegado a descubrir providencialmente que habia asesinado dos años hacia a su segundo marido y a sus tres hijos, dos de estos de su segundo matrimonio.

La impasibilidad de la procesada y la rara circunstancia de la muerte de las cuatro personas citadas en un año, llamaron la atención de los jueces y les hicieron concebir la vaga sospecha de su asesinato. De aquí su comision a un profesor acreditado del arte de curar y a un químico célebre para estudiar en los restos de los hijos y del marido de Moitrier, si podrian haber fallecido violentamente. Ninguna lesion exterior acreditaba la existencia de un crimen posible, pero hecha su autopsia, examinadas escrupulosamente las vísceras de los cadáveres, fijó la ciencia la presencia del arsénico en aquellos restos, y aunque ya no puede precisar ni apreciar la cantidad de esta sustancia que tomó cada persona, por el estado que las entrañas presentaban, y su descomposicion, no titubearon los profesores mencionados en asegurar que habia sido mas que suficiente para causar la muerte.

No era ya una presuncion el delito de la ladrona, y justificado por otros medios, contradictoria en su interrogatorio, infundada en sus descargos, el tribunal estimando la acusacion del procurador general, la ha condenado a sufrir la pena del parricida. Ni al oír en la audiencia la lectura de la peticion fiscal, ni al pronunciarse la sentencia de muerte, dió la menor muestra de turbacion. A todo permaneció impasible.

La circunstancia que al principio in-

### ESCENAS Y ANÉCDOTAS DEL TEATRO REAL.



UNA ESCENA DE LA FAVORITA.

La segunda noche de funcion oímos el siguiente diálogo en uno de los pasillos, a dos personas, por cierto bastante conocidas en nuestros círculos:

—¿Cómo encuentra vd. el teatro?

—Muy frío.

—¿Y la ópera?

—Como el teatro.

—¿Y el público?

—Como la ópera.

—¿Y la Albani?

—Como el público.

—Eso es es una ventaja, porque así no podrá decirse que no hay armonia.



EN EL PARAISO.

- ¿Distingue vd. algo con sus anteojos, doña Micaela?
- Si señora, allá abajo veo unos bultitos.
- Puede que sean los actores.
- Sin duda; pero como mi vista es tan corta....
- Yo tampoco, los veo, replicó don Segundo, pero no lo extraño porque al cabo ellos están en la tierra y nosotros en el paraíso.
- ¿Cuánto has pagado por tu butaca, decía la primera noche de funcion un pollo a un amigo suyo.
- Ocho napoleones; ¿y tú por tu paraíso?
- Dos duros nada mas.
- ¿Por dos duros un paraíso?
- No; por dos duros un infierno.

Segun dice un periódico, se están verificando a toda prisa en el interior del teatro Real algunas obras que impidan las corrientes del aire que lo hacen insostenible para los concurrentes. También parece que se trata de levantar el piso de las primeras filas de butacas, a fin de que, los que ocupan esos asientos, no aparezcan como en un foso, sin ver a los cantantes y bailarines mas que la parte superior del cuerpo. En cuanto al *Paraíso*, se piensa suprimir parte de él, con el objeto de que se oigan mejor las voces de los cantantes. A nosotros nos parece, que lo que hay que hacer sobre todo, es adelantar el escenario, a fin de que los cantantes estén en comunicacion mas directa con el público, pues en el día puede decirse que aquellos cantan en la plazuela de Isabel II, y el público se halla en la de Oriente.



SOBRE GUSTOS NO HAY DISPUTA.

- ¿Se está vd. abanicando, doña Nicolasa, cuando hace un aire en la sala que se ha apagado la lucerna?
- ¿Qué quiere vd., amigo, yo tengo un calor espantoso.
- Confieso que no lo entiendo.
- No lo extraño, porque vd. ya tiene helada la sangre en las venas. Si tuviese mis años y mi robustez....

### EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX.

DIA 24 DE NOVIEMBRE. Año de 1808. Accion de Fluvia.  
DIA 25 1808. Llega a Salamanca el ejército inglés de Portugal.  
—1834. Accion de Zúñiga.  
DIA 26. 1833. Entra Sarsfiel en Bilbao. 1836. Accion de Majaceite, ganada por el brigadier Narvaez.

DIA 27. 1808. Accion de las cercanías de Barcelona.  
DIA 28. 1808. Accion de Sepúlveda.—1809. Accion de Alva de Tormes.  
DIA 29. 1809. Accion de Bribeasca.  
DIA 30. Batalla de Viluma, América, ganada por el general Pezuela, en la que es derrotado el ejército de Rondeay, que pierde tres banderas, 41 piezas de artillería y 4,500 fusiles.

*Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.*  
Los periódicos de política van haciéndose cada vez mas autorizados segun que son menos descompuestos en sus discusiones.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8